

El noble é incomprendible René, guardó respecto de Chactas y del resto de los Natchez un profundo silencio sobre lo que había hecho por Adario, no habiéndole quedado de su generosa acción sino los peligros á que se había espuesto. Limitóse, pues, á hablar á su padre adoptivo de la gran sorpresa que le había causado ver á los franceses introducir su arado en las cercanías de los bosquecillos de la Muerte. Chactas dijo á René que el abandono de las tierras era el precio de la libertad de Adario. El recto anciano no conocía la profundidad de las miras de Onduré, é ignoraba que la concesión de los campos de los Natchez tenía por objeto separar á los colonos unos de otros y atraerlos al centro del país enemigo para facilitar su exterminio. Merced á esta infernal combinación, Onduré, al rescatar á Adario, se granjeaba el cariño de los Natchez al mismo tiempo que la confianza de los franceses, pues les pagaba ostensiblemente el rescate de aquel sachem; ¡ rescate que tan funesto había de serles!

«Por lo demás, dijo Chactas á René, los sachems me han impuesto una larga ausencia, pues dicen que mi experiencia puede ser ventajosa en una negociación con europeos. Ni mi avanzada edad, ni mi ceguera pueden servirme de pretexto para no aceptar esta misión; cuanta mayor autoridad me atribuyen, tanto mas debo el ejemplo de la sumisión en una época en que nadie obedece. ¿Qué haré? El Gran Jefe no existe; la adversidad ha hecho insociable á Adario; mi voz es ya desoída, pues háse levantado una generación indócil que desprecia los consejos de los ancianos. Los sachems se esconden de mí y me ocultan parte de sus secretos. ¡Ojalá no abren la ruina de mi patria!

«Tú, René, conserva tu vida para la nación que te ha adoptado; destierra de tu corazón las pasiones que te complaces en alimentar en él; tú puedes disfrutar aun días bonancibles, mas yo toco la meta de mi carrera. Al finalizar mi peregrinación en la tierra, voy á atravesar los desiertos donde la he empezado; desiertos que recorrí há sesenta años con Atala. Separado ya de mis pasiones y de mis primeros infortunios por tan largo espacio de tiempo, mis cerrados ojos ni aun podrán ver los bosques nuevos que cubren mis antiguos vestigios y los de la malograda hija de Lopez. Nada de cuanto existía cuando fui aprisionado por los muscogulgos, subsiste hoy; el mundo que he conocido ha pasado; solo soy ya el último árbol de una antigua cerca derribada; árbol que el tiempo olvidó herir con su segur.»

René se alejó del venerable anciano con el corazón oprimido y presintiendo nuevos desastres. Al llegar á su cabaña, que encontró devastada, sentóse en un haz de cañas secas en un rincón del hogar, cuyas cenizas había dispersado el viento. En pensativo ademán recorría tristemente en su memoria sus amarguras, cuando un negro le entregó una carta del padre Souel, que se había detenido por algunos días en el fuerte; esta carta escrita en Francia por la superiora del convento de... hacia sabedor á René de la muerte de la hermana Amelia de la Misericordia.

Nueva tal, recibida en una profunda soledad en medio de las ruinas de la abandonada cabaña de Celuta, despertó en lo mas recóndito del corazón del infortunado joven recuerdos tan dolorosos, que espoleó por algunos instantes un verdadero delirio, que le hizo correr á través de los bosques como un insensato. El padre Souel que le halló casualmente, se apresuró á buscar á Chactas, y entrambos consiguieron calmar un poco el frenético dolor del hermano de Amelia. A fuerza de ruegos, el sachem obtuvo del desgraciado una relación solicitada en vano durante mucho tiempo. René señaló día con

Chactas y el padre Souel para narrarles los ocultos sentimientos de su alma. Dió el brazo al sachem, á quien condujo al despuntar el día bajo un safafrás en la orilla del Meschacebé, y el misionero no se hizo esperar. Sentado entre estos dos ancianos amigos, René les reveló el misterioso dolor que había envenenado su existencia. (1).

Algunos días despues de esta lastimosa confesión, René fue llamado al consejo de los Natchez; Chactas había marchado á la Georgia, y el padre Souel á su misión.

René halló algunos sachems, casi todos parientes de Akansia, reunidos en la cabaña del joven Sol. Onduré se hallaba á su cabeza, y en su rostro brillaba el nefando regocijo del crimen. Los viejos, fumando su calumet en un profundo silencio, recibieron al esposo de Celuta con semblante amenazador.

«Toma esos collares, le dijo Onduré con aire burlesco. Ve á negociar con los illineses: tú fuiste la causa de la guerra, gentil prisionero; sé, pues, el instrumento de la paz.»

¿Qué importaban al hermano de Amelia tan necios ultrajes? ¿Qué eran aquellos sufrimientos vulgares al lado de las amarguras que desgarraban su corazón? Tomó los collares, y salió declarando que obedecería las órdenes de los sachems.

En la disposición en que entonces se hallaba René, se veía obligado, no sin un amargo placer, á alejarse de Celuta, á quien suponía próxima á regresar á los Natchez. Una escursión solitaria por los desiertos le convenía no poco en aquellos momentos, pues podría á lo menos entregarse á sus dolores sin ser visto de los hombres. No buscó, pues, á su hermano, ocupado á la sazón de su enlace con Mila; ¡era tan justo que en premio de tanto valor y de tantos sacrificios, Outougamiz gozase un vislumbre de felicidad!

Entraba en las precauciones de Onduré alejar al guerrero blanco, pues temía que si permanecía en los Natchez descubriese parte de sus torpes manejos. Deseaba también que Celuta, á su regreso de Nueva-Orleans, se hallase sola para que pudiese ser entregada indefensa á las persecuciones de un amor abominable. Onduré había calculado el tiempo que debía durar el viaje de su odiado rival; y según este cálculo de los zelos y de la venganza, no podía regresar á los Natchez sino algunos días antes de la catástrofe definitiva: demasiado pronto para ser envuelto en ella, demasiado tarde para evitarla.

Poseído de ciego encono al ver que su presa se había sustraído á sus primeros lazos, Onduré había forjado nuevas calumnias contra el hijo adoptivo de Chactas. En un consejo reunido durante la noche sobre los escombros de la cabaña de Adario, el rencoroso tutor del Sol había pintado á René como el autor de todos los males de la nación. Remontándose hasta el día de su llegada, recordó los siniestros presagios que la señalaron; la desaparición de la serpiente sagrada, la muerte de las hembras de castor, la guerra contra los illineses, resultado de esta muerte, y la del anciano Sol, resultado de esta guerra. Onduré abrumaba de esta manera la inocencia bajo el peso de sus propias injurias.

Examinando luego la vida privada de su rival, habló de la supuesta infidelidad de René á Celuta; del maleficio del bautismo empleado para dar muerte á una hija odiosa á un padre criminal, y del manitú funesto entregado á Outougamiz, para perturbar la razón de este sencillo salvaje. Onduré presentó además las relaciones de René con el capitán d'Artaquette como la causa principal de todas las traiciones y violencias de los franceses.

«Por lo que respecta á las persecuciones que ese

(1) Aquí se leía la relación de René. Véase el episodio de René.

hombre parece sufrir por parte de sus compatriotas, añadió el malvado, son sin duda un juego de conspiradores. Observad que René elude siempre esas aparentes persecuciones: no ha sido preso con Adario; bajo el especioso pretexto de rescatar á este sachem, ha ido á Nueva-Orleans á dar parte de lo que pasaba en el fuerte de Rosalia. Hase fingido que se le juzgaba; pero la evidente prueba de que esto no ha sido sino una farsa encaminada á inspirarnos mas confianza en un traidor, es que este traidor no ha sufrido su condena, y que con gran sorpresa de los mismos franceses, ha vuelto incólume á nuestro país. No dudareis un momento de las perniciosas intrigas de ese miserable, si observais su inclinación á vagar solitario por los bosques; teme que su conciencia se pinte en su rostro, y se oculta á las miradas de los hombres.»

Completo fue el triunfo del infatigable calumniador, pues el consejo quedó plenamente convencido; mas, ¿cómo no lo hubiera quedado? ¿Qué enlace tan sorprendente en los hechos! ¿qué verosimilitud tan aciaga en las acusaciones! Todo se trasforma en crimen: no hay una sonrisa que no pueda ser siniestramente interpretada, no hay una acción que no pueda aparecer como punible. Los sentimientos que René inspiraba trocábanse en motivos de calumnia: así, pues, si había salvado á Mila, la había seducido; si había hecho de Outougamiz el modelo de una amistad sublime, había hechizado á este sencillo joven; sus relaciones de mutuo afecto con d'Artaquette, eran negras traiciones; un acto religioso fue considerado como un conato de infanticidio, y un noble desinterés en favor de un oprimido sachem, como una baja delación; las mismas persecuciones, los mismos sufrimientos son otros tantos medios de engañar; y si René busca la soledad es porque va á ocultar en ella sus remordimientos ó á proyectar nuevas maldades. ¡Omnipotente Dios! ¿cuál es el destino del hombre cuando el infortunio sella sus pasos! ¿Qué luz has dado á los mortales para que descubran la verdad? ¿Cuál es la piedra de toque donde la inocencia imprime su marca de oro?

Los sachems declararon sin titubear que René merecía la muerte, y que era preciso apoderarse de él. Onduré ensalzó la virtuosa indignación de los sachems, pero sostuvo que era prudente no sacrificar al principal culpable sino con sus cómplices, puesto que una muerte prematura y aislada podía hacer abortar el plan general. Propuso, pues, que se alejase á René hasta el día en que se descargase el golpe decisivo. El sacerdote declaró que tal era la voluntad de los genios, y el consejo adoptó la opinión de Onduré.

Hasta la integridad de Adario había sido sorprendida: los falsos juicios que abrigaba contra René, fueron causa de las torvas miradas que le dirigió á su regreso de Nueva-Orleans; y si los indios le hallaban en los bosques se alejaban de él como de un sacrilego. René, que nada veía, que nada oía, que de nada hacía caso, marchó al país de los illineses, ignorando que la sentencia de muerte con que unos jueces civilizados le amenazaban en Nueva-Orleans, había sido fulminada contra su persona en los Natchez por unos jueces salvajes.

Brotó alguna vez al terminar el otoño una flor tardía: esta flor sonreía aislada en los campos y rompe su cáliz en medio de las hojas secas que de los bosques se desprenden: no de otro modo los amores de Mila y Outougamiz esparcían sus postreros encantos en unos días de desolación. Antes de pedir á la joven en matrimonio, el hermano de Celuta se sometió á la costumbre india, llamada la prueba de la antorcha: apagar la que le presentan, es para una doncella dar su asentimiento á un himeneo proyectado.

Outougamiz, asiendo una odorífera antorcha salió á media noche; las brisas agitaban los rayos de oro de la estrella amorosa, como se cuenta que los céfiros jugaban en Pafos con la embalsamada cabellera de la madre de las Gracias. Al entrever el techo doméstico de su amada, el joven sintió su pecho combatido por los temores y las esperanzas. Acercóse á la cabaña de Mila, y al levantar la corteza que delante de la puerta pendía, halló á la india sepultada en sueño y sola en la cabaña.

Estaba acostada en un lecho de musgo; un velo de corteza de morera la cubría á manera de banda; sus desnudos brazos descansaban cruzados sobre su cabeza, y sus manos habían dejado caer algunas flores.

Con un pié hácia atrás y el cuerpo hácia delante, Outougamiz contemplaba al resplandor de su antorcha aquella encantadora escena. Agitada por las ilusiones de placentero ensueño, Mila murmuró algunas palabras, y blanda sonrisa entreabrió sus labios. Outougamiz creyó escuchar su nombre en aquellas mal articuladas palabras; inclinóse sobre el borde de la cama, tomó un ramo de jazmín de las Floridas, abandonado por la mano de Mila, y despertó á esta agraciada hija de los bosques al pasar ligeramente por sus labios la perfumada flor.

Mila despertó, y fijó unas miradas en que se pintaba el asombro, en su amante; sonrió, mostró de nuevo su sorpresa y tornó á sonreír. «Soy yo! exclamó Outougamiz; yo, el hermano de Celuta, el guerrero que desea ser tu esposo.» Mila dudó: acercó sus labios á la antorcha del himeneo para extinguirla, retiró la cabeza precipitadamente, volvió á acercarla á su boca, y una noche profunda se extendió por la cabaña.

Algunos instantes de silencio sucedieron á la invasión de las sombras. Outougamiz dijo al fin á Mila: «Te amo como á la luz del sol; quiero ser tu hermano.»

—Y yo tu hermana!

—Tú serás mi esposa; un tierno guerrero te sonreirá; tú besarás sus ojos, le cantarás las proezas de sus padres y le enseñarás á pronunciar el nombre de Outougamiz.

—Me haces llorar! yo te acompañaré en los bosques, llevaré tus flechas y encenderé la hoguera de la noche.

La luna, que se ocultaba á la sazón en el occidente, deslizándose uno de sus rayos por la puerta de la cabaña, alumbró el rostro y el seno de Mila. La reina de la noche mostrábase en medio del brillante séquito de las estrellas, y algunas leves nubes desplegadas en su derredor parecían las soberbias cortinas de su lecho. Reinaba en los bosques una especie de indecisa claridad semejante á la de un alma que se abre por la vez primera á las tiernas pasiones de la vida. La venturosa pareja cayó en una especie de recogimiento involuntario, y solo se oía el leve rumor de la anhelante respiración de la enamorada salvaje, que dijo:

«Es preciso separarnos: la avecilla de la mañana ha empezado su primer canto; regresa, sin ser descubierta á tu cabaña, pues si los guerreros te viesen, dirían: «Outougamiz es débil; los illineses le harán prisionero en la batalla; porque frecuenta la cabaña de las indias.»

Outougamiz respondió: «Yo seré la liana negra que se desvía en el bosque de todos los demás árboles, y va á buscar el safafrás al cual únicamente quiere enlazar.»

Mila se cubrió la cabeza con un manto, y dijo: «Guerrero! ya no te veo.»

Outougamiz enterró la antorcha nupcial á la puerta de la cabaña, y se ocultó en los bosques.

El matrimonio se celebró con la pompa acostum-

brada entre los salvajes. Los dos esposos sufrían en medio de aquel aparato y se decían: «No nos casamos para ser felices, puesto que nuestros amigos no lo son.» Solos ya en su nueva cabaña, gozaron en ella una alegría digna de su inocencia. Lloraron también, como se lo habían propuesto; sus lágrimas bajaban hasta sus labios, y Mila decía al recibir los tiernos abrazos de Outougamiz: «Tus labios tocan los míos á través de las desgracias de René.»

¡Ah! ¡el fiel indio iba á derramar lágrimas harto diferentes! No bastaba al tutor del Sol haber perdido á René en la opinión de los indios y haberle hecho condenar en el consejo de los ancianos; intentaba herirle hasta en el corazón de su amigo.

El favorable resultado de las maquinaciones de Onduré exigía que Outougamiz asistiese á la gran asamblea de los salvajes, donde debía ser desenvuelto el plan general.

Si Outougamiz no concurría á la asamblea, no sufriría el yugo del juramento que en ella debía pronunciarse, y podría en este caso oponerse al complot en el momento de su ejecución.

Si Outougamiz no creía á René traidor, nada le impediría, no bien conociese el secreto, confiarlo á este.

Era pues, preciso, ¡combinación digna del infierno! que Outougamiz fuese encadenado por medio de un juramento; y que, persuadido al mismo tiempo del crimen de René, fluctuase entre la necesidad de perder á su amigo para salvar su patria, ó de perder su patria para salvar á su amigo.

El día siguiente al casamiento del heroico amigo y de la animosa amiga de René, el mismo día en que Mila, radiante de felicidad, conversaba con Outougamiz sobre una estera cubierta de flores, Onduré entró en su cabaña.

—¡Mal espíritu! gritó Mila; ¿qué vienes á hacer aquí? vienes á traernos calamidades?

Onduré, fingiendo una sonrisa irónica se sentó en el suelo y dijo:

—¡Outougamiz! vengo á ofrecerte los votos que formo por tí; ¡merecias ser dichoso!

—¡Dichoso! repuso Outougamiz; ¿qué hombre lo es mas que yo? ¿Dónde podrias hallar algo comparable á mi mujer y á mi amigo?

—No quiero destruir tus ilusiones, dijo Onduré con aspecto triste; pero si supieses lo que sabe toda la nación! ¿qué perverso manitú te ha unido á esa carne blanca?

¡Tutor del Sol! replicó Outougamiz ruborizado; te respeto, ¡pero no calumnies á mi amigo! ¡Mas te hubiera valido no nacer!

Onduré prosiguió: «¡Admirable jóven! ¿por qué no has hallado una amistad digna de la tuya?»

«¡Jefe! gritó impaciente Outougamiz; me atormentas como el viento que agita la llama de la hoguera. ¿Qué hay? ¿qué quieres? ¿qué buscas?»

«¡Oh patria! ¡oh patria!» exclamó suspirando Onduré.

Al nombre de patria, los ojos de Outougamiz se oscurecieron; levantóse precipitadamente de su estera y se acercó á Onduré, que también se había levantado. El temor de algun horroroso secreto había atravesado el corazón del hermano de Celuta.

—¿Qué hay en la patria? preguntó este. Si es preciso empuñar las armas, ¡marchemos! ¿Dónde están los enemigos?»

—¡Los enemigos están en nuestras entrañas! ¡Estábamos vendidos, entregados como esclavos; un traidor...!!

—¡Un traidor! ¡Nómbrale! gritó Outougamiz con una voz en que mil opuestos sentimientos mezclaban sus acentos; ¡nómbrale, pero reflexiona lo que vas á decir!»

Onduré, que observó á Outougamiz, cuyas manos

temblaban de cólera, asióle del brazo para evitar el primer golpe, y exclamó: «¡René!»

«¡Mientes! respondió Outougamiz pugnando por desprender su brazo; yo arrancaré tu lengua infernal, y hare de tí un horroroso ejemplo.»

Mila se interpuso entre los dos guerreros, diciéndole á su esposo: «¡Deja vivir á ese miserable, pero espúlsale de tu cabaña!»

A la voz de Mila se aplacó la cólera de Outougamiz.

«¡Tutor del Sol! dijo; ahora veo que intentabas burlarte de mi sencillez; pero omíte esas chanzonetas que tanto me lastiman.»

Te dejo, pues estoy seguro de que no tardarás en hacerte justicia; consulta al sacerdote del Sol y á tu tío Adario.» Y Onduré salió de la cabaña.

Outougamiz queria mostrarse tranquilo, pero no lo estaba; intentaba descansar, y sin saber por qué los juncos de su estera, cubierta de flores, le parecían mas punzantes que las espinas de la acacia. Levantóse, dió algunos pasos y tornó á sentarse. Mila le hablaba, y no la oía. «¡Por qué, murmuraba, por qué ha hablado este jefe? ¡Yo era tan feliz!»

«Desecha esas ideas, le dijo Mila; las palabras del malvado son como la arena que un viento abrasador arroja al rostro; ciega y hace llorar al viajero.—Tienes razón, Mila, respondió Outougamiz; ¡ya estoy tranquilo!»

¡Infeliz! el golpe mortal estaba dado; ya no hallarás descanso; tu sueño, poco antes ligero como tu inocencia, va á cargarse de ensueños funestos. Tal es la felicidad humana: ¡una sola palabra basta para destruirla! Dulce confianza del alma, unión íntima y sagrada, ¡dios para siempre! ¡Santa amistad! tus delicias han pasado, tus tormentos empiezan: ¿cuándo tendrán término?

—Mila, dijo Outougamiz, me siento indispuerto; quiero ir á ver al sacerdote.

—¡El sacerdote! respondió admirada Mila; no vayas á ver ese hombre! René te ama y tu le amas; él debe bastarte, como tu me bastas á mí. Si la incauta paloma presta facil oído á la corneja, esta le dirá cosas que le robarán la paz, porque no habla su idioma.

—Si deseo ver al sacerdote, no es para hablar de René; deseo que me cure pues estoy enfermo.

—Mila aplicó su mano al corazón de Outougamiz, y le dijo, mirándole con triste sonrisa: «¡Enfermo? sí, muy enfermo, puesto que acabas de pronunciar una mentira.»

Outougamiz se obstinó en querer consultar al sacerdote que Onduré le había nombrado con ulterior designio, en sus revelaciones misteriosas. «Vé, pues, dijo Mila, pobre abeja de la sábana; pero evita descansar en la venenosa flor de la acota.»

El hombre no puede ser perfecto. Outougamiz oscurecía las cualidades mas heroicas con una debilidad: del temor de Dios, saludable temor sin el cual no hay virtud, había descendido á la credulidad mas ciega, pues su natural sencillez le hacia accesible al error; un sacerdote era para él un oráculo, y si hablaba en nombre de la patria, tan cara á los salvajes, no hallaba en sí ningun medio para hacerse superior al doble poder del cielo y de la tierra.

Llegó á la cabaña del sacerdote en el momento que Onduré salía de ella; y este, con una mirada que significaba todo, le dejó libre el paso. El sacerdote empezó á describir círculos mágicos al ver á Outougamiz, que le dirigió una súplica.

«¿Quién habla? esciamó el sacerdote con los ojos extraviados; ¿qué osado mortal interrumpe al intérprete de los genios? ¡Huye, profano! Solo la patria puede hoy reclamar mis ruegos. ¡Oh patria! tu alientabas en tu seno un monstruo! Un infame extranjero meditaba tu ruina; el dió muerte á las

hembras de castor; él hizo traición á Celuta; él derramó sobre la cabeza de su hija el agua mortal del maleficio. ¡Cómo engañaba al jóven y sencillo Outougamiz! ¡Desgraciado de tí, esposo de Mila, si en lo sucesivo no te separas de ese traidor, si te niegas á persuadirte de sus crímenes! Los fantasmas seguirán tus pasos, y los huesos de tus antepasados se agitarían en la tumba!»

El venal sacerdote salió aceleradamente de su cabaña, y se internó en un bosque, donde resonaron temerosos ahullidos.

El hermano de Celuta quedó anonadado; un sudor frio, que le parecía brotaba de su corazón, inundó todos sus miembros. Preciso seria haber hecho los prodigios de amistad de Outougamiz, para poder pintar su dolor. René un traidor! ¿Quién se atreve á calumniarle de este modo? ¿Dó se oculta el calumniador, para que Outougamiz pueda devorarlo? Pero no es el sacerdote del Sol, el intérprete de los espíritus, quien habla de la patria? ¡Oh! Outougamiz vindicará á René á los ojos de la nación; la elocuencia bajará á sus labios y se espesará mejor que Chactas; propondrá que los acusadores sean combatidos... Parto, se decía, vuelo á donde me llama el manitú de oro... ¡Insensato! ¿no oyes el grito amenazador de los fantasmas? ¿No ves los huesos de tus padres que se remueven y se levantan para dar testimonio de los crímenes de tu amigo?

Tal es la pálida pintura de las luchas de que era teatro su alma. Alejóse de la cabaña del sacerdote; arrastróse por el suelo con desfigurado semblante y lento paso; creía oír fatídicos rumores en el aire y la yerba murmurar á sus pies. ¿A dónde se encamina? lo ignora. La fatalidad le impele involuntariamente en busca de Adario; Adario es su tío, le sirve de padre, es el primer sachem de la nación en la ausencia de Chactas, y finalmente es el mas desgraciado de los hombres. La desgracia es también una religión: debe ser consultada, pues pronuncia oráculos; la voz del infortunio es la de la verdad. He aquí lo que á sí mismo se decía el alligido Outougamiz, mientras se dirigía en busca del severo anciano.

Este sachem había visto á su hijo caer muerto á su lado, y su cabaña presa de las llamas; había ahogado á su nieto; su esposa había sucumbido en el tumulto que siguiera á tan horroroso sacrificio; solo quedaba al infeliz Adario la hija cuyo hijo había sacrificado. Enerrado con esta hija en los calabozos del fuerte de Rosalia, había sido sentenciado al patíbulo. «Levantáme todo lo posible, decía al verdugo que le conducía á él, para que descubra al espirar los árboles de mi patria.» Ya sabemos por qué, cómo, á qué precio y con qué objeto rescató Onduré á Adario.

Gran solemnidad fue para los Natchez el regreso del sachem. Este parecia un esqueleto escapado del sepulcro: algunos cabellos blancos cubiertos de polvos caíanle sobre las sienes; y sus vestidos pendían en girones. Caminaba taciturno y con los ojos bajos; su hija le seguía no menos silenciosa, como la víctima sigue al sacrificador, y llevaba fija á sus espaldas una cuna vacía con las inútiles mantillas de un recién nacido.

Adario no quiso reedificar su cabaña, y estableció su morada en medio de los bosques. Su hija le seguía á lo lejos, no atreviéndose á hablarle, cuidando de su precaria existencia, sentándose cuando él se sentaba, y marchando cuando él marchaba. Algunas veces el terrible sachem contemplaba á los franceses que araban los campos de su patria: el Angel exterminador no hubiera fulminado miradas mas devoradoras sobre un mundo de que Dios hubiese retirado su mano.

Después del rescate de Adario, Onduré desplegó á los ojos de este el plan de una inmensa venganza,

cuyo objeto era la libertad de los Natchez y la espulsión de la raza blanca de todas las costas de América; pero le ocultó los móviles secretos, los sentimientos vergonzosos, las misteriosas bajezas, alma de aquella conspiración. Adario no hubiese tomado el velo del crimen para cubrir por un solo momento la virtud.

Este sachem asistió al consejo secreto convocado aquella noche por Onduré, y aprobó la parte que este reveló de sus proyectos; esto es, la convocación de las naciones indias en una asamblea general, para tomar una medida comun contra los extranjeros, y ratificó la sentencia de René, á quien creía culpable de impiedad y traición. Adoptadas estas resoluciones, los ancianos quisieron determinar á Adario á que se entregase á sus ocupaciones habituales; mas él les dijo:

«Mientras respire, no tendré otro abrigo que la bóveda del cielo. Si como defensor de la patria soy inocente, como padre soy criminal. Accedo á vivir todavía algunos días para mi país; pero me he reservado el derecho de imponerme el justo castigo cuando los natchez dejen de necesitarle.»

A este corazón inflexible, al hombre menos accesible á los sentimientos naturales, al hombre mas exasperado por la adversidad, acudió en busca de consejos el amigo de René al salir de la cabaña del sacerdote.

Outougamiz le halló medio desnudo, sentado á la margen de un torrente en la punta de un peñasco, y le refirió las inspiraciones del sacerdote. Adario trazó el cuadro de los pretendidos crímenes de René ante su sobrino, que le contestó con un acento que conmovió al rígido sachem: «¡Me has asesinado como á tu nieto!»

Nunca la desgracia se grabó de una manera mas súbita y enérgica en el semblante de un hombre, que en el de Outougamiz; cuanto mas puro es el mármol, mas profunda es la inscripcion. El desventurado se alejó de Adario: tomó la cadena de oro, la miró con pasión, quiso arrojarla al torrente, y luego la estrechó sobre su corazón y de nuevo la suspendió á su pecho. No obstante, Outougamiz ignoraba la suerte reservada á René: Adario había pintado culpable al hombre blanco, pero no queriendo abrumar á su sobrino, se había abstenido de noticiarle la sentencia de los sachems, sentencia pronunciada por otra parte bajo la garantía del secreto. El recuerdo de Mila vino entonces á la manera de una fresca brisa á calmar un poco la abrasadora amargura de Outougamiz, pues imaginó que su esposa, que ostentaba aun en sus sienes la corona de la primera mañana, había quedado viuda; determinóse, pues, á buscar consuelos á su lado.

Mila voló á su encuentro, y al verle llegar con pié inseguro, le sostuvo diciéndole: «Ahora la liana sirve de apoyo al tulípero. ¡Ya te lo predije! siéntate y reclina tu cabeza en mi pecho. ¿Qué te han dicho esos protervos?»

—Me han repetido lo que me había dicho Onduré. Adario habla como el sacerdote.

—Aun cuando así hablase el mismo Kitchimanitú, yo sostendría que mentía; ¿daria yo crédito á las calumnias propaladas contra mi amigo? ¡El hombre que te ha dado el manitú de oro, creeria los crímenes que le refiriesen de tí?

Esta pregunta arrasó en lágrimas los ojos de Outougamiz. Mila, llorando también, prosiguió: «¡Ah! el guerrero blanco es un buen guerrero! estoy segura de que por serlo le darán muerte.»

—¡Le darán muerte! repitió alarmado Outougamiz; ¿quién te lo ha dicho?

—¡Lo adivino! si no salvas á René tercera vez, le llevarán al bosque de la muerte.

—¡No! ¡no! ó dormiré en él á su lado. ¿Por qué



BENDICION DE RENÉ.

no habito ya el lugar de mi descanso? ¡Todo está tan agitado en la superficie de la tierra! ¡todo tan tranquilo á la profundidad de lo largo de una flecha! ¡Pero, Mila, la patria!.....

—¡La patria! y ¿qué me importa la patria si es injusta? Yo prefiero un solo cabello de Outougamiz inocente, á todas las cabezas blancas de los sachems pervertidos. ¿Para qué necesito una cabaña en los Natchez? puedo construir otra en un lugar inhabitado, y llevaré á ella á mi marido y su amigo, á despecho de todos vosotros, malvados! En estos términos hubiera yo hablado al sacerdote. Y si este hubiera

dado vueltas, trazado círculos y saltado tres veces como un demente, yo me hubiera reído en sus barbas, girado, vuelto y saltado como él y mejor que él. Hay aquí un genio (y aplicaba la mano á su corazón), y que no obedece á los negros encantamientos.

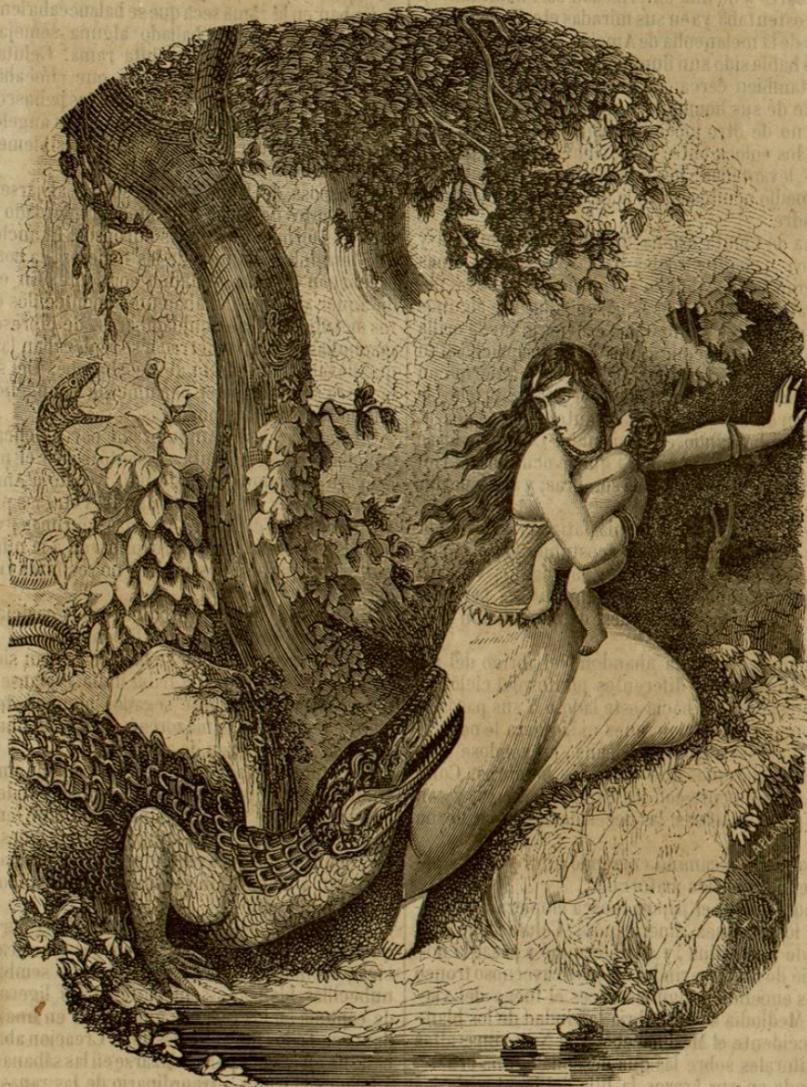
—¿Cuánto me consuelas! ¡cuán bien hablas! exclamó el excelente salvaje; ¿querrias, pues, seguirme al desierto?

Mila le miró y le dijo: «Eso es como si el arroyo preguntase á la flor que ha desprendido de su orilla y que arrastra en su corriente: ¡Flor! ¿quieres seguir mis aguas? La flor respondería en vano: ¡No,

»no quiero! porque las aguas la impelerian blandamente.»

La amable india habia preparado la cena; despues de haber humedecido sus labios en la copa, tornó á aquel tálamo nupcial no cantado, cuya pompa consistia en la sencillez y la gracia de ambos esposos: Los frescos brazos de Mila mecieron y mitigaron las amarguras de Outougamiz, como esas ligeras vendas de seda que oprimen y alivian á la vez la herida de un guerrero.

¡Horas fugaces, robadas por el amor á los dolores, ¡cuán próximas estabais á vuestro término! Ya el consejo de los sachems habia recibido los primeros collares de sus mensajeros secretos, y Onduré reunia todas las noches á algunos de sus jefes en las cavernas. El gobernador de la Luisiana, menos accesible al engaño que Chepar, no se adormecía en medio de los peligros, y se sentia ya pesaroso de haber puesto en libertad á René, no habiendo hecho prender á Celuta, merced á las lágrimas de Adelaida.



CELUTA HACE ESFUERZOS PARA SALVAR Á SU HIJA.

Quando Celuta supo la partida de su esposo, se intentó en vano detenerla en Nueva-Orleans. En vano Adelaida, Harlay, el general d' Artaguette (el capitán y el granadero habian regresado á los Natchez), le hicieron ver que sus fuerzas no soportarian las fatigas de tan largo viaje, pues pidió á su hermana y á sus hermanos de la sangre blanca, que así los llamaba, le permitiesen volver á su país. Preciso fue ceder á sus vehementes instancias, que traducia la anciana madre

de Santiago. Celuta abrazó con indecible ternura á esta pobre y venerable matrona, su huésped en la noche funesta. «Hermano mio y hermana mia, dijo á Harlay y á Adelaida, acordaos de Celuta cuando esteis en el país de los blancos. Espero hallaros algun dia en la region de las almas, si se permite la entrada del hermoso bosque que habitareis, á una miserable india como yo.»

La hija del gobernador acompañó á su amiga hasta

las piraguas de una numerosa partida de pannis que se disponían á subir el río, y allí renovaron su tierna despedida. Celuta se embarcó en la flotilla pannisiana. «¡Adios! decía á Adelaida, que lloraba sentada en la orilla; ¡los Genios benéficos remuneren tus beneficios! Ya no volveré á verte en la tierra, que tú habitarás mas tiempo que yo; pero procuraré hacer el menor mal posible en mi rápido paso, para hacerme digna de tu recuerdo.» Las piraguas se alejaron.

Cuando Celuta abandonó la ciudad de los franceses, cubrió su rostro esa palidez, triste compañera de los pesares y de una enfermedad casi habitual. Su hija, que ostentaba ya en sus miradas el sello de la hermosura y de la melancolía de Amelia; su hija, cuyo natalicio no había sido aun iluminado dos veces por el sol, parecía también cercana á su fin. Celuta la llevaba pendiente de sus hombros en unas blancas pieles de armiño: no de otro modo un cisne que traslada sus hijuelos, los coloca entre su flexible cuello y sus alas un tanto levantadas: los encantadores pasajeros se solazan medio ocultos entre la deslumbradora pluma de su madre.

El alma de Celuta estaba dividida entre su hija y su esposo; ¡cuántos males había ya sufrido! mas ¿cuáles eran los que debían surgir de nuevo? Las piraguas habían subido el Meschacébé durante algunas horas, cuando los pannis se detuvieron en la orilla oriental del río, cediendo á uno de esos caprichos tan comunes entre los salvajes. Celuta saltó á tierra con sus conductores, que movidos por otro capricho se dispersaron en breve, unos para entregarse á la caza, y otros reembarcándose en silencio. Celuta habíase dormido detrás de un peñasco que le ocultaba el río; la noche había estendido sus sombras, y al despertar se vió abandonada.

La indolencia india la había fatigado, y el vigor indio la sostuvo, pues estaba acostumbrada á la soledad. Las tinieblas impedían á los pannis ver á la hermana de Outougamiz, y el viento no les permitía oír sus gritos; armandose, pues, de resignacion, esperó el día.

Al amanecer, Celuta abandonó el abrigo del peñasco, y mirando los diferentes puntos del cielo, se dijo: «Mi esposo está hacia este lado.» Y sus pasos se dirigieron al Septentrion, pues ni siquiera le ocurrió la idea de volver á Nueva-Orleans, creyéndose mas segura en los bosques que entre los hombres. Contaba para su alimento con los frutos silvestres, y con su seno para satisfacer las necesidades de su tierna hija.

Todo aquel día caminó cogiendo aquí y acullá algunas semillas en los matorrales.

A la hora en que el pájaro mosca empieza á revolotear en los bosques americanos, Celuta llegó á la cumbre de una colina, y se determinó á pasar la noche al pie de un tamarindo, en cuyo cavernoso tronco los indios encendían algunas veces el fuego del viajero. Al Mediodía se descubría la ciudad de los blancos; al Occidente el Meschacébé, y al Norte unas altas colinas litorales sobre las que descollaba una cruz.

Tomando en sus brazos la hija del hombre de las pasiones, Celuta le presentó su seno, que la débil niña oprimía levemente con sus labios; así riega un jardinero una planta que se marchita, pero continúa ajándose porque la tierra no la ha recibido favorablemente al nacer. En su zozobra maternal, Celuta no se atrevía á mirarla, temiendo descubrir los progresos del mal; sus ojos, anegados en lágrimas, recorrían al acaso los objetos inmediatos. Tales fueron sus dolores en la soledad de Bersabé, desgraciada Agar, cuando evitando ver á Ismael, dijiste: «¡No veré morir á mi hijo!» La noche fue triste y fria.

Al amanecer, despues de haberse procurado un frugal alimento, la solitaria viajera emprendió de

nuevo su camino, cargada de su tesoro. La monotonía del desierto era únicamente interrumpida por la vista aun mas monotonía de la cruz. Esta cruz era aquella donde René había hecho una peregrinacion al llegar á Nueva Orleans; solo Dios sabia lo que había pedido en secreto el ferviente peregrino. Una piedra manchada aun con la sangre del hombre asesinado, se dejaba ver al pié del árbol espiatorio, y un torrente corría á escasa distancia.

La hermana de Outougamiz se sentó en la piedra del homicidio, y tomó involuntariamente la rama de encina que René había depositado en *ex-voto* al pié de aquel calvario; las miradas de la desvalida india se fijaban en la rama seca que se balanceaba lentamente, como si hubiese hallado alguna semejanza de destino entre ella y la marchita rama. Celuta meditaba al árido rumor del viento que chocaba en la cruz, y en los cardos que cubrían los peñascos. Muchas veces creyó oír voces, como si los ángeles de la Cruz y de la Muerte conversasen invisiblemente en aquel lugar.

La esposa de René se apresuró á alejarse de un monumento de dolor que suponía guardado por los espíritus formidables de los europeos. El ancho valle que termina la llanura de las malezas, la condujo á la márgen de una cristalina corriente. En el fondo de aquel valle descollaban unos montecillos cubiertos de tulíperos, de liquidámbares, de cipreses y de magnolias, en cuyo derredor se replegaban las aguas que llevaban su tributo al Meschacébé. Del seno de la tierra se exhalaba el perfume de la angélica y de diferentes plantas aromáticas.

Atraída y casi tranquilizada por el encanto de aquella soledad, Celuta se sentó sobre el musgo y preparó el banquete maternal. Acostó á Amelia en sus rodillas, y desenvolvió una tras otra las pieles de armiño que la cubrían. Algunas lágrimas, vertidas por los ojos de la madre, reanimaron á la niña espiante, que parecía destinada á no recibir la vida sino del dolor.

Despues de haberle prodigado sus caricias y sus desvelos, se procuró algun alimento.

Los lugares en donde se hallaba habían sido poco antes habitados por una tribu india. Véanse aun en un campo antiguamente segado, algunos desperdicios de maiz, cuyas mazorcas, llenas de una crema untuosa, le sirvieron de alimento.

Hacia el ocaso se retiró á la entrada de una gruta cubierta con el jazmin de las Floridas y rodeada de bosquecillos de azaleas. A ella acudieron en busca de asilo muchos cardenales, pájaros-burlones, cotorras, colibris y otras aves de peregrino plumaje, que brillaban á manera de piedras preciosas á los rayos del sol poniente.

La noche se ostentó revestida de esa hermosura que solo presenta en las soledades americanas. El cielo, tachonado de estrellas, estaba sembrado de nubecillas blancas, semejantes á los ligeros copos de espuma, á los rebaños que vagan en una azulada llanura. Todos los animales de la Creacion abandonaban sus albergues para solazarse en las sábanas. Oíase á lo lejos el canto extraordinario de las ranas, de las cuales unas imitaban el mugido del buey, y otras el sonido de una campana campestre, imitando así las escenas rústicas de la Europa civilizada en medio de los agrestes cuadros de la América salvaje.

Los céfiros embalsamados por los magnolias, y las aves ocultas en el follaje murmuraban armoniosas quejas, que Celuta tomaba por la voz de los niños por nacer; creía ver los aéreos genios de las sombras y los que presiden el silencio de los bosques bajar del firmamento en los rayos de la luna; leves fantasmas que se desvanecían á través de los árboles y á lo largo de los arroyos. Entonces dirigía la palabra á su hija, acostada en su regazo, y le decía: «Si tuviese la

«desgracia de perderte ahora, ¿qué sería de mí?» ¡Ah! si tu padre me amase todavía, volvería á hallarte en breve; descubriría mi seno, acecharía tu alma errante en las brisas del alba, sobre el humedecido tallo de las flores, y mis labios recogerían en el rocío. Pero tu padre se aleja de mí, y las almas de los niños jamás vuelven al seno de las madres que no son amadas.»

La india derramaba, al pronunciar estas palabras, lágrimas religiosas, á semejanza de un delicioso ananas que ha perdido su corona, y cuyo corazón batido por las lluvias se deshace en agua.

Los pelicanos que volaban á gran altura y cuyo plumaje de color de rosa reflejaba los primeros destellos de la aurora, advirtieron á Celuta que ya era tiempo de continuar su camino. Desnudó primero á Amelia para bañarla en una fuente donde saciaban su sed, alargando su cabeza, las ardillas negras asidas por la cola á la estremidad de una flotante liana. La blanca y sufrida niña, tendida sobre la yerba, asemejábase á un narciso derribado por la tempestad, ó á un ave que ha caído de su nido antes de haberle nacido las alas. Celuta envolvió en unos musgos de ciprés mas finos que la seda á su hija ya purificada, y no descuidó ataviarla con semillas de diferentes colores y flores de variados perfumes; por último, la cubrió con las pieles de armiño y de nuevo la suspendió á su espalda, por medio de una trenza de madre selva: la peregrina que se dirige á Jerusalem con descalzo pié, trepando las ásperas montañas, lleva de esta manera los sagrados presentes que debe ofrecer al Santo Sepulcro.

La hija de Tabamica atravesó por un puente de liana el río que le obstruía el camino, y apenas había andado una hora cuando se halló extraviada en medio de un terreno cortado por estanques llenos de cocodrilos. Mientras dudaba sobre el partido que debía tomar, oyó cierto rumor á su espalda; volvió asustada la cabeza y vió brillar los vidriosos y sangrientos ojos de un enorme reptil; huyó presurosa, pero tropezó en otro monstruo y cayó sobre sus sonoras escamas: el dragon rugió y Celuta se levantó sin sentir el leve peso que á su espalda conducía. Prorumpió en un grito; y aunque próxima á ser devorada, solo se ocupaba en su perdido esposo. De repente, los dos monstruos cuya abrasada respiracion sentían sus piés, se desvían y se dirigen presurosos hacia otra presa. ¡Cuán perspicaces son los ojos de una madre! Al descubrir entre las altas yerbas el objeto que atraía á los horribos animales, Celuta se arrojó desalada, tomó su hija, y mas rápida entonces que el vuelo de la golondrina, llegó á la cresta de un promontorio desde donde la vista seguía á lo lejos los sinuosos giros del Meschacébé.

¡Victoria de una mujer! ¿quién dirá tu orgullo y tus alegrías? El astro de la noche que acababa de disipar en el cielo las nubes de una tempestad, mostróse menos hermoso que la pálida Celuta, triunfante en el desierto. Amelia había desconocido el peligro, y ni aun había despertado en su lecho de musgo; su adorno conservaba aun toda su frescura y simetria. Cargada con la cuna en que la inocencia dormía debajo de flores, Celuta había realizado su fuga como la elegante cañefora terminaba su carrera sin desarreglar en su canastillo las guirnaldas y las coronas. Pero el espanto, que no había podido conmover á la hija, había ejercido su triste influencia sobre la madre: ¡el seno de Celuta se había agotado! Así, cuando las violentas sacudidas del Etna estremecen la tierra, desaparece una fuente en los campos de la Sicilia, y el corderillo pide en vano el agua restauradora á la exhausta fuente.

Celuta no podia comprender por qué carecía de alimento para su hija, y por qué se había esterilizado su seno, cuando su corazón rebosaba ternura.

Acusaba su debilidad, acusaba hasta sus dolores y hasta el exceso de su timidez maternal. Buscaba una causa á tan terrible castigo del Gran Espíritu; preguntábase si había dejado de ser fiel á su esposo, si había amado bastante á su hija, si había sido injusta para con sus amigos, si había descuido mal á sus enemigos, si su cabaña, su familia, su tribu, su país, los manitús y los genios tenían algun motivo de queja contra ella. Fijos los ojos en el Padre que alimenta á los hombres, mostraba al cielo su agotado seno, y reclamando su fecundidad primera, se lamentaba de un inmerecido rigor.

De repente, Amelia, recostada en la yerba, exhaló un gemido; pidió el acostumbrado banquete, y sus manos se dirigieron á su madre en suplicante ademán. La desesperacion se apoderó de la hermana de Outougamiz, que tomando á su hija en brazos la estrechó sollozando sobre su seno; ¡ah! ¿por qué no le era dado alimentarla con sus lágrimas? ¡á lo menos este manantial era inagotable!

Una funesta inspiracion hizo latir el corazón de la abandonada mujer: Celuta se dió á imaginar que la leche materna era la sangre de su esposo, y que René absorbía este manantial de vida; pero ¿no podía abrirse una vena, reemplazando así con su propia sangre la que se negaba á los labios de su hija?

Tal vez hubiera adoptado alguna resolucion estremada, si no hubiese descubierto unas humaredas que subían de entrambas orillas del Meschacébé, y que anunciaban una habitacion humana. Esta vista devolvió á Celuta sus fuerzas, pues no se hallaba por otra parte enteramente resuelta á morir, porque su esposo vivía aun y vivía desgraciado. Bajó, pues, del promontorio, llevando la adorada y funesta prenda de su amor; pero el río se hallaba á mayor distancia de lo que creyera, y cuando llegó á sus orillas, la noche encapotaba el universo.

El humo de las cabañas habíase perdido entre las sombras: la luna, al remontarse por los tranquilos cielos, derramó sobre las aguas del Meschacébé menos resplandor que melancolía y silencio. La azorada Celuta buscaba con la vista alguna navicilla, y ávidas sus miradas seguían en su fugitiva sucesion las pasajeras olas que alternativamente levantaban hacia el astro de la noche sus brilladoras cimas. Entonces vislumbró un objeto flotante.

En breve vió salir del río, á pocos pasos del lugar en que se hallaba, un negro casi enteramente desnudo: un taparabo le ceñía la cintura, á usanza de su país, y su cabeza estaba adornada con una corona de plumas rojas. Cantaba con dulce y remisa voz en su nativo idioma; estendía hacia las aguas sus brazos y parecía dirigir apasionadas palabras á un objeto invisible. Celuta reconoció á Imley, que la reconoció también y se acercó á ella exclamando: «¡Celuta! ¡oh formidable Niang! (1) ¡Celuta aquí!»

Celuta respondió: «Vengo de la ciudad de los Llanotos: la corza de los Natchez va á perder su cria que aquí ves, porque su seno se ha agotado.»

Imley repuso: «La corza de los Natchez no perderá su cria; nosotros hallaremos una madre que la alimente. Celuta es hermosa como una bienhechora fetiche.»

— ¿Por qué veo aquí á Imley?

— Mi antiguo dueño, despues de haberme azotado porque amaba mi libertad, me ha vendido al habitante de las cabañas vecinas. Ven conmigo, que yo te daré maiz y una negra de mis bosques para amantar al hijo rojo de tus selvas; nada de esto llegará á noticia de los blancos.

Celuta siguió á su inesperado guia.

— Y tú, siempre desgraciada, pobre Celuta! decía marchando el africano. Yo tambien soy hartito infeliz

(1) Dios del mal: es el Arimanes de losnegros.